Nº14

7. LA ARQUEOLOGÍA CONTEXTUAL

No es posible, pues, explicar correctamente las calabazas ilchamus por referencia a funciones universales; debemos comprender sus significados concretos. Lo mismo es aplicable a todos los ítems de la cultura material y a todas las acciones humanas. *Independientemente* de las preguntas que nos hagamos acerca del pasado del hombre, aunque sólo se refieran a la tecnología o a la economía, siempre intervienen marcos de significado. Después de todo, no podemos decir cómo fue la economía de un poblado hasta no haber planteado hipótesis o supuestos sobre el significado simbólico de los huesos de desecho.

En este libro, por lo tanto, hemos querido presentar varios enfoques o aproximaciones a este problema. Se ha intentado responder adecuadamente al problema de cómo inferir significados culturales del pasado. Muchos dirían quizá, de acuerdo con la teoría de la ciencia de Kuhn, que paradigmas tales como la arqueología procesual, el estructuralismo y el marxismo no son comparables, porque cada cual tiene sus propias reglas, su propio lenguaje y su propia visión de los datos. Según este criterio, no existiría una forma objetiva de comparar paradigmas; cada cual sería coherente con sus propios enunciados, con su propio marco de referencia. Aun aceptando muchos de los aspectos de la teoría de Kuhn, yo diría, sin embargo, que los distintos enfoques *son* comparables entre sí, como también que las culturas que nos son extrañas pueden comprenderse y compararse.

Hemos llevado a cabo el propósito de comparar y contrastar los distintos enfoques según su contribución a las preguntas del capítulo 1, y hemos conseguido gran parte de lo que buscábamos. La reciente evolución de la arqueología y de la teoría social de tendencia marxista ha

culminado en un intenso debate sobre el rol del individuo en la socie-
dad, y Collingwood, por su parte, ofrece una descripción paralela, don-
de la historia tiene también un considerable protagonismo en la expli-
cación. La arqueología estructuralista aporta la idea de que la cultura
está constituida de forma significativa; pero, una vez más, sólo los es-
tudios históricos con un cierto grado de idealismo conceden un papel
adecuado al contenido de los significados simbólicos.

Collingwood, como vimos en el capítulo 5, propone igualmente
unos principios metodológicos para la reconstrucción del contenido
del significado, pero comprobamos (p. 116) que sigue habiendo pro-
blemas y lagunas. Su descripción del método se mueve dentro de una
abstracción excesiva. ¿Cómo puede el arqueólogo realmente llegar a
reconstruir el significado simbólico del pasado? Para contestar a esta
pregunta y para completar y ampliar la descripción de Collingwood,
quisiera analizar con mayor detalle lo que he denominado «arqueolo-
gía contextual» (Hodder, 1982 *a*).

En el discurso arqueológico, la palabra «contexto» suele utilizarse
en preguntas tales como «¿cuál es el contexto de tu observación?», o
«¿cuál es el contexto de los datos?». La palabra se utiliza en distintas
situaciones para expresar una sensibilidad hacia los datos concretos:
«Tu idea general no encaja en mi contexto».

«Contexto» viene del latín *contexere*, que significa tramar, entrela-
zar, conectar. En contra de las excesivas reticencias de la Nueva Ar-
queología frente a las leyes generales (en especial Watson, Leblanc y
Redman, 1971, por ejemplo), cabría constatar la existencia, ya enton-
ces, de movimientos hacia la dimensión contextual. Como ya dijimos
(p. 46), Flannery (1973) se opuso a un protagonismo excesivo de «la
ley y el orden», para destacar, en cambio, la «sistemidad» —un en-
foque más flexible que tomara en consideración las relaciones con-
cretas. Este entramado o interconexión de las cosas entre sí, en su
particularidad histórica, se ha puesto de manifiesto, como ya dijimos
(p. 93), en muchas corrientes arqueológicas (la marxista, la evolucio-
nista, la procesual). Butzer (1982) también ha identificado un método
«contextual» en las interpretaciones ecológicas del pasado, y en la ar-
queología clásica se ha esbozado claramente un enfoque contextual
relativo a la cerámica pintada griega (Berard y Durand, 1984). En un
libro publicado recientemente, *Contexts for Prehistoric Exchange*
(Ericson y Earle, 1982), se destacan los contextos de producción y
consumo donde se realiza el intercambio.

En la arqueología espacial, he constatado (Hodder, 1985) el intento de toda una nueva generación de técnicas analíticas de desarrollar una mayor sensibilidad hacia los datos arqueológicos, y de ser más heurística. Más adelante abordaremos con más detalle este aspecto. Es en el estudio de los procesos de deposición donde los arqueólogos se han concentrado en la particularidad de sus datos. Schiffer (1976) destacó por su contribución a la diferenciación entre el contexto arqueológico y el contexto sistémico, señalando los peligros de aplicar una teoría general y unos métodos (por ejemplo, Whallon, 1974) que no tuvieran en cuenta esta diferencia.

En *The Explanation of Culture Change*, de Renfrew (1973 *a*), Case (1973, p. 44) defendía una arqueología contextual «susceptible de ser considerada en sí misma una nueva arqueología», que implicara un vínculo más estrecho entre las teorías generales y los datos disponibles. Parece que este interés por el contexto ha aumentado recientemente en todos los ámbitos de la arqueología. Por un lado, Flannery (1982) se muestra crítico respecto del discurso general y abstracto demasiado alejado de los datos «fuertes» (véase también Barrett y Kinnes, 1988); por otro lado, el interés por el contexto se ha convertido en una cuestión metodológica fundamental para los procedimientos de excavación. En lugar de utilizar términos interpretativos (como pavimento, casa, foso, hoyo para poste) en la fase inicial de excavación y de análisis, muchas listas codificadas de datos utilizan ahora palabras menos subjetivas, tales como «unidad» o «contexto». Una excavación, en sus fases iniciales, tendría que evitar la imposición de interpretaciones excesivamente subjetivas, hasta que se hubieran recogido todos los datos.

En cierto sentido la arqueología se define por la importancia que otorga al contexto. Interesarse por objetos desprovistos de información contextual es propio de anticuarios, y es típico quizá de un cierto tipo de historia del arte o del mercado de arte. Extraer objetos fuera de su contexto, como hacen los usuarios de detectores de metales, es la antítesis de la arqueología, de su identidad. Reafirmar la importancia del contexto supone, por consiguiente, reafirmar la importancia de la arqueología como arqueología.

En suma, los arqueólogos utilizan el término «contexto» de diversas formas, pero todos ellos tienen en común el hecho de conectar o entrelazar las cosas en una situación concreta o conjunto de situaciones. Muchos de estos temas son de reciente aparición. Sin embargo, en este capítulo quisiera ir más allá de la definición general de contexto

manejada hasta ahora y considerar un significado más específico. A modo de introducción, nos será de utilidad analizar dos grandes formas de «entrelazar» la cultura material para que llegue a ser significativa.

DOS TIPOS DE SIGNIFICADO

Los arqueólogos han estudiado dos tipos fundamentales de significado (similares a los dos modelos identificados por Patrik, 1985): el sistema estructurado de interrelaciones funcionales y el contenido estructurado de las ideas y los símbolos. Así pues, si buscamos el primer tipo de significado, analizaremos el entorno humano y físico, los procesos de deposición, la organización del trabajo, el tamaño del asentamiento, y los intercambios de materia, energía e información. Si descubrimos cómo funciona el objeto en relación con estos otros factores y procesos, y en relación con la estructura económica y social, le daremos sentido, significado. La gran contribución de la arqueología procesual y marxista ha sido precisamente en este terreno. Vimos (capítulos 4 y 5) que en este mismo sentido también se han dado aportaciones más recientes, que destacan los procesos sociales activos mediante los cuales los individuos manipulan artefactos para fines sociales. La clase de factores susceptibles de contribuir a la explicación funcional de un objeto es ahora mayor y mejor comprendida, gracias a los cambios que se han producido desde principios de los sesenta.

Esta clase de estudios no deben hacerse extensibles al análisis de las funciones ideacionales o simbólicas de los objetos; es preferible remitirse a un segundo tipo de significado: el contenido de las ideas y de los símbolos. Lo cual va más allá de decir que «la función de esta fíbula es la de simbolizar a la mujer», o que «esta espada simboliza al hombre». La pregunta que, en cambio, se plantea es «¿qué idea de feminidad subyace tras el vínculo entre los esqueletos femeninos y las fíbulas en las tumbas?». El objetivo es descubrir el «hábito» de Bourdieu, el *pe* descrito por Flannery y Marcus, y demás ideas estructuradas y estructurantes descritas en el capítulo 5. Los arqueólogos tienen que hacer abstracciones a partir de las funciones simbólicas de los objetos que excavan, para poder identificar el contenido del significado subyacente, lo que supone analizar la forma en que las ideas, denotadas por los símbolos materiales mismos, desempeñan un rol en la configuración y estructuración de la sociedad.

Como dijimos anteriormente, los arqueólogos ya han aprendido a utilizar sus datos contextuales para poder interpretar las interrelaciones funcionales. Este es el ámbito de la paleoeconomía, de la teoría del intercambio, de la teoría de sistemas, de la teoría de la optimización del pastoreo y de la teoría de la acción social, etc. Todas estas teorías son falsables porque no tienen suficientemente en cuenta el segundo tipo de significado, al que el primer tipo está vinculado de modo necesario. Lo que más me interesa aquí, por consiguiente, es el contenido del significado en contextos históricos concretos, puesto que es la laguna principal de la teoría arqueológica actual, ya discutida en capítulos anteriores. Lo mismo destacan Davis (1984, p. 12), Wells (1984; 1985) y Hall (1977). Aunque los significados funcionales se superponen en exceso, me interesan ante todo las relaciones contextuales como forma de llegar al contenido del significado del pasado.

¿Cómo hacerlo? En primer lugar, tenemos que ser autocríticos cuando atribuimos un significado. Los significados que atribuimos o imponemos en nuestra interpretación del pasado ¿son específicos de nuestra propia cultura y medio social? Es necesario tener en cuenta nuestro propio contexto. Volveré sobre ello en el capítulo 8.

En segundo lugar, podemos considerar el registro arqueológico como un «texto» que hay que leer. Hay limitaciones en la idea según la cual la cultura material puede compararse a un texto y al lenguaje, ya que, como se ha ido viendo, la cultura material es también práctica, tecnológica y funcional, y una gran parte de su variabilidad depende de esos factores. Incluso podemos llegar a afirmar, como lo haremos más adelante, que los significados simbólicos extraen, parcialmente, sus significados simbólicos de los significados pragmáticos, por lo que no son, en modo alguno, meros sistemas estructurados de símbolos abstractos. De este modo podemos empezar una discusión que nos conduzca a la definición específica del término «contexto» en este libro, relacionada con los significados más amplios asignados a dicha palabra en arqueología.

LEER LA CULTURA MATERIAL

La idea de que la cultura material es un texto de lectura existe en arqueología desde hace tiempo. Los arqueólogos suelen tratar los datos como un registro o como un lenguaje. La importancia de esta ana-

logía aumenta cuando se quiere descubrir el contenido del significado del comportamiento del pasado.

Pero ¿cómo hay que leer estos «textos»? Es evidente que si los rasgos, las palabras, la gramática o la estructura de la cultura material del pasado no tuvieran rasgos comunes con nuestro lenguaje verbal contemporáneo, se haría difícil una lectura de este tipo, por no decir imposible, sobre todo porque el texto superviviente es parcial y fragmentario, además de ser, sencillamente, distinto. Sin embargo, quisiera indicar que existen algunas reglas muy sencillas, que subyacen a todas las lenguas; o por lo menos a las formas en que *Homo sapiens sapiens* ha dado significado a las cosas en todo tiempo y lugar.

La mayoría de los arqueólogos, evidentemente, afirmarían que sus datos son mudos. Es obvio que un objeto, como objeto solamente, es mudo. Pero la arqueología no estudia objetos aislados. Los objetos, ubicados dentro de sus «textos», no son del todo mudos si conseguimos leer su lenguaje (Berard y Durand, 1984, p. 21). Claro que hay que interpretar los distintos lenguajes, y por ello, en cierto sentido, todas las expresiones y símbolos materiales son mudos, pero un símbolo material en su «texto» no es más o menos mudo que cualquier gruñido o demás sonidos que se utilizan en el habla. Los objetos sí nos hablan (o quizá sólo nos susurren); el problema se plantea a la hora de su interpretación.

Al aducir principios que nos permitan leer textos pasados y ver cómo cambian sus significados en distintos «medios», es importante hacer una distinción entre lenguaje y cultura material. Aunque la lengua escrita posea los mismos principios básicos que el lenguaje de la cultura material (Hall, 1977, p. 500), una lengua escrita es siempre muy difícil de descifrar, incluso en el caso de que perviva gran parte de ella. Y esto es así en parte porque el lenguaje es algo muy complejo, que existe para expresar ideas y pensamientos complejos, y tiene que ser absolutamente preciso y global. Pero no existen gramáticas o diccionarios del lenguaje de la cultura material. Los símbolos de la cultura material suelen ser más ambiguos que sus homólogos verbales, y lo que puede decirse de ellos suele ser mucho más simple. Los símbolos materiales son también duraderos y menos flexibles. En muchos aspectos la cultura material no es, en absoluto, un lenguaje; es sobre todo acción y práctica en el mundo. En la medida en que es un lenguaje, es muy sencillo comparado con la lengua hablada o escrita. Por todas estas razones los textos de la cultura material son más fáci-

les de descifrar que aquellos documentos escritos cuya lengua desconocemos. Por esta razón los arqueólogos han podido, en cierta medida, «leer» la cultura material, aun cuando no hayan explicitado casi nunca la «gramática» que presuponen.

Me baso en Collingwood para concluir implícitamente que existe una gramática universal, cuando sugiere (1946, p. 303) que todo suceso único tiene una significación que puede ser comprendida por todos los pueblos en todas las épocas. Esto es lo que se desprende también de la descripción que hace Bourdieu (1977) de la forma en que un niño llega a comprender el mundo que le rodea mediante la observación de simples asociaciones y contrastes, y lo que se desprende de nuestra experiencia común cuando llegamos gradualmente a conocer a otra persona o cultura. A medida que crecemos en nuestra propia cultura o en otra, y a medida que conocemos a otra gente, no podemos nunca estar seguros de haber comprendido correcta y adecuadamente lo que pasa por sus mentes, lo que quieren decirnos por medio de sus cosas. Lo único que nos queda son sus gruñidos y sus acciones en el mundo, tal como las vemos. Poco a poco, a medida que estos sucesos físicos se manifiestan más y más, llegamos a aproximarnos un poco más a esta «cualidad de ser otro», a esa «otredad». Por muy «otro» que parezca al principio, es factible aproximarse apreciablemente a la comprensión.

Los principios universales del significado que, en mi opinión, subyacen tras este tipo de experiencia son sólo aquellos que todos nosotros llevamos a cabo de forma habitual en calidad de actores sociales y son asimismo los que los arqueólogos ponen en práctica a la hora de interpretar el pasado. Sólo pretendo que este proceder se haga más explícito, sobre todo en relación con la arqueología y la clase de datos que manejan los arqueólogos.

Debemos destacar dos puntos que ya han sido mencionados a lo largo de este libro. El primero es que los significados subjetivos internos que los arqueólogos pueden inferir, no son «ideas» en la cabeza de la gente; es decir, no son pensamientos conscientes de los individuos. Por el contrario, son conceptos públicos y sociales, reproducidos en la práctica de la vida cotidiana. Los arqueólogos los ponen de manifiesto, y a causa de las prácticas institucionalizadas de los grupos sociales, tienen una rutina propia que los conduce a la repetición. Precisamente gracias a esa repetición, los arqueólogos pueden inferir conceptos. La segunda modalidad en la que se produce un aumen-

to en la posibilidad de leer la cultura material, es más concreta que el lenguaje y el habla. Los significados de la cultura material están influidos en gran medida por consideraciones tecnológicas, físicas y funcionales. La naturaleza práctica y parcialmente no cultural de esos factores permite una lectura del «texto» de cultura material mucho más sencilla que si estuviese constituido exclusivamente por signos lingüísticos arbitrarios. El contexto de la cultura material no sólo es abstracto y conceptual, sino también pragmático y no arbitrario.

En los párrafos siguientes, el término «contextual» hará referencia a la presencia y ubicación de los ítems «en sus respectivos textos» —«con-texto». La idea general aquí es que el «contexto» puede hacer referencia a aquellas partes de un documento escrito que vienen inmediatamente antes y después de un párrafo concreto, conectados de manera tan íntima en su significado con aquél, que su sentido no queda claro si lo separamos de aquéllos. Más adelante, en este mismo capítulo, daremos una definición aún más específica de «contexto». Por el momento sólo pretendo esbozar cómo los arqueólogos pasan del texto al contenido del significado simbólico.

SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS

Cuando los arqueólogos empiezan a sistematizar la metodología para interpretar el contenido del significado del pasado a partir de la cultura material, suelen proceder a identificar varios tipos de semejanzas y diferencias relevantes, que, a su vez, forman varios tipos de asociaciones contextuales. Luego proceden a hacer abstracciones partiendo de los contextos, las asociaciones y las diferencias, para intentar llegar al significado en términos de función y contenido (véase la figura 6).

Podemos empezar con la idea de semejanzas y diferencias. Por lo que respecta al lenguaje, nos estamos refiriendo simplemente a que cuando alguien dice «blanco», otorga a este sonido un significado, porque suena de forma semejante (aunque no idéntica) a otros ejemplos de la palabra «blanco», y porque difiere de otros sonidos como «negro» o «banco». En arqueología es habitual clasificar una vasija en la categoría de vasijas «A», porque se asemeja a otras vasijas de esta categoría, pero al mismo tiempo es diferente de la categoría de vasi-

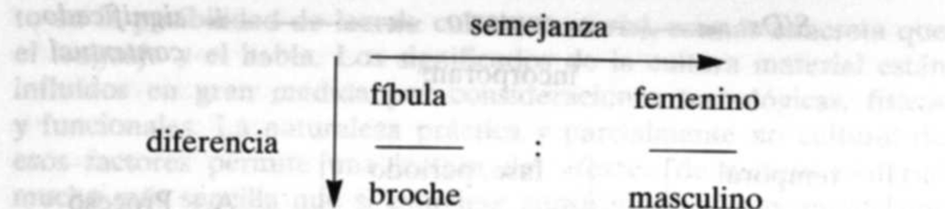


FIGURA 6

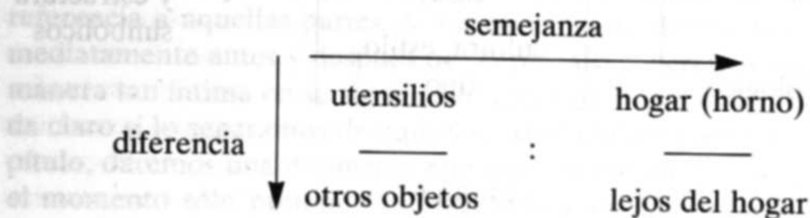
La interpretación de significados contextuales a partir de semejanzas y diferencias entre objetos arqueológicos.

jas «B». En las tumbas suelen encontrarse fíbulas asociadas a la mujer y esta semejanza de emplazamiento espacial y unidad de deposición nos permite pensar que las fíbulas «significan» mujeres, pero siempre y cuando no hallemos la fíbula en tumbas masculinas, lo que puede ser diferente, por cuanto en ellas encontramos broches en lugar de fíbulas. Otras asociaciones y contrastes entre mujeres, actividades femeninas y fíbulas posibilitarían una abstracción relacionada con el contenido del significado de la «feminidad». Por ejemplo, las fíbulas quizá tengan un diseño similar a las que encontramos en otros lugares asociadas a una categoría de objetos relacionados con la reproducción y no con las tareas productivas (véase el estudio de Faris, p. 78, y el análisis de McGhee, pp. 60-61).

Podemos formalizar este proceso de búsqueda de semejanzas y diferencias mediante el siguiente esquema:



Resulta instructivo comparar este esquema con el siguiente, donde se buscan las relaciones funcionales utilitarias en lugar de las funciones simbólicas:



Aquí los arqueólogos interpretan el área alrededor de un hogar como un área de actividad, porque allí aparecen utensilios, al revés que en otras partes del yacimiento o casa, donde no aparecen. La forma de explicación es idéntica a la anterior, donde se busca el significado simbólico de una fíbula. Pero, tal como hemos venido diciendo a lo largo de este volumen, no hay una necesaria disyunción entre ambos objetivos: función y significado simbólico no son contradictorios. Por lo tanto, la fíbula sirve para prender vestidos y quizá para simbolizar a la mujer, y puede tener igualmente el contenido del significado de «la mujer como elemento reproductor». El área de actividad alrededor del hogar también puede indicar que ciertos utensilios tienen el contenido del significado de «vivienda familiar», de «horno doméstico», etc. Es evidente que tenemos que presuponer algún significado de este tipo si queremos descubrir el área de actividad en torno al hogar, en primer lugar, y si queremos atribuir a los objetos agrupados allí funciones propias relativas a este contexto. La identificación de un «área de actividad» implica la atribución de un contenido del significado. Los dos tipos de significado (el contenido funcional, sistémico, y el contenido ideacional) son necesariamente interdependientes: no

es posible referirse a uno sin que presupongamos, al menos el otro.

La descripción anterior del significado como algo constituido a partir de semejanzas y diferencias simultáneas está influida por la discusión planteada en el capítulo 3, y pretende tan sólo describir cómo trabajan los arqueólogos. Sin embargo, también figura un elemento prescriptivo. Primero, se afirma que las semejanzas y diferencias son identificables a muchos «niveles». Así, pueden darse semejanzas y diferencias en términos de dimensiones de variación subyacentes, tales como oposiciones estructurales, nociones de «ordinalidad», «naturalidad», etc. En la definición de semejanzas y diferencias siempre está implícita la teoría, pero a niveles «más profundos» la necesidad de una teoría imaginativa resulta todavía más evidente. Luego volveré sobre estos distintos niveles de semejanzas y diferencias. En segundo lugar, cabe afirmar que los arqueólogos se han ocupado demasiado de las semejanzas y demasiado poco de las diferencias (Van del Leeuw, comunicación personal al autor). Todo el enfoque intercultural se basa en la identificación de semejanzas y causas comunes. Por ejemplo, se ha tendido a explicar la decoración cerámica por algún tipo de función simbólica universal de toda la cerámica o de todo el simbolismo. Las sociedades se han agrupado por categorías (estados, cazadoras-recolectoras, etc.) y se han identificado sus características comunes. Evidentemente, este tipo de trabajo presupone de modo implícito las diferencias, pero la «presencia» de una ausencia no es casi nunca el centro de la investigación. Por ejemplo, podríamos preguntarnos por qué se decoran las vasijas, pero también por qué sólo las vasijas. Una vez más se trata, en parte, de identificar el marco concreto donde la acción tiene sentido, significado. Si en un contexto cultural dado las vasijas son el único tipo decorado de recipientes, este hecho es relevante para interpretar el significado de la decoración. Pero, por lo general, los arqueólogos tienden a extraer las vasijas decoradas fuera de su contexto y medir sus respectivas semejanzas.

La necesidad de tener en cuenta también la diferencia puede evidenciarse, aunque de un modo un tanto extremo, por medio de la palabra *pain*. Una forma de interpretar el significado desconocido de esta palabra sería buscando palabras similares en otras culturas. Formaríamos entonces una categoría de palabras «de aspecto semejante» con ejemplos hallados en Inglaterra y Francia, e identificando sus características comunes. Pero la palabra tiene, en realidad, significados completamente distintos en Inglaterra y en Francia, lo que compro-

baríamos inmediatamente concentrándonos en las diferentes asociaciones de la palabra en ambas culturas: en Inglaterra, con dolor y agonía, y en Francia, con pan. Este ejemplo tan simplista refuerza lo dicho por Collingwood, en el sentido de que todo término utilizado en arqueología debe estar abierto a la crítica para comprobar si tiene significados distintos en contextos diferentes. Los arqueólogos deben, pues, mostrarse receptivos a la diferencia y a la ausencia; tienen que plantearse continuamente preguntas tales como: ¿este tipo de vasija se ha hallado en situaciones distintas?, ¿por qué otros tipos de vasija no tienen decoración?, ¿por qué no se decoran otros recipientes?, ¿por qué no encontramos esta tumba o esta técnica de producción en esta área?

¿Cómo describir semejanzas y diferencias? En el ejemplo anterior de la fíbula, tenemos ya una diferencia tipológica (entre la fíbula y el hacha) y una semejanza de deposición (la fíbula aparece en sepulturas femeninas). Comprobaremos la importancia que tiene para la interpretación el que tipos y niveles de semejanza y diferencia distintos estén conectados, entrelazados como una red. Pero de momento desearía analizar primero, por separado, cada una de las dimensiones de semejanza/diferencia. Cada tipo de semejanza y diferencia está presente en más de un nivel y escala.

El primer tipo de semejanza y diferencia que manejan habitualmente los arqueólogos es el *temporal*. Es evidente que si dos objetos están próximos en el tiempo, es decir, que son similares en toda la dimensión temporal, los arqueólogos podrían situarlos más fácilmente en el mismo contexto y darles significados relacionados entre sí. Es evidente que la dimensión temporal está estrechamente vinculada a las otras dimensiones; si dos objetos aparecen en el mismo contexto temporal, pero están muy alejados en el espacio o en otra dimensión, entonces la semejanza de contexto temporal puede ser irrelevante. La difusión es un proceso que tiene lugar a lo largo del tiempo y del espacio, y que implica también la dimensión tipológica.

En la dimensión temporal lo que importa es aislar un periodo o fase donde, en cierto modo, tienen lugar acontecimientos interrelacionados. Dentro de una misma fase existe una continuidad de estructura y/o de contenido del significado, y/o de procesos sistémicos, etc. Pero ¿qué escala de análisis temporal necesitamos para entender un objeto concreto? En el capítulo 5 dimos ejemplos de continuidades a través y a lo largo de milenios. También dijimos (p. 105) que, en última instancia, hay que retroceder en el tiempo, «pelar las capas de la cebolla», hasta identificar el primer acto cultural. No se trata, casi nunca, de una solución práctica o necesaria; sólo deseamos identificar el contexto histórico que tiene una incidencia directa sobre el tema que nos ocupa.

Los arqueólogos ya cuentan con un montón de técnicas cuantitativas para identificar continuidades y rupturas en las secuencias temporales (Doran y Hodson, 1975), y esta evidencia se utiliza para identificar el contexto pertinente, pero muchas rupturas que parecen importantes pueden, en realidad, expresar continuidades o transformaciones a nivel estructural, pero también pueden significar difusión y migración; con ello queremos decir que el contexto temporal pertinente debe seguirse y buscarse en otros contextos espaciales. En general, los arqueólogos han conseguido identificar con éxito las interrelaciones sistémicas pertinentes para la comprensión de cualquier objeto (artefacto, sitio arqueológico o similares). Éstas son simplemente todos los factores del estado sistémico anterior que influyen o interfieren en el nuevo estado. Pero en la atribución de contenido del significado, cuando el arqueólogo desea valorar la posibilidad de que dos objetos tengan el mismo contenido del significado por el hecho de ser contemporáneos, o la poca probabilidad de que los significados hayan cambiado dentro de la misma fase, el tema de la escala se convierte en una cuestión primordial. Así pues, tras considerar las semejanzas y diferencias temporales, nos quedamos con la pregunta siguiente: ¿con qué escala ha de definirse el contexto temporal pertinente? Volveremos más adelante sobre el tema de la escala, pero parece depender de las preguntas que se planteen y de las características que se quieran medir.

También aparecen semejanzas y diferencias en la dimensión *espacial*. Aquí los arqueólogos tratan de identificar significados y estructuras funcionales y simbólicos a partir de la disposición de los objetos (y poblados, etc.) en el espacio. Normalmente, el análisis en esta dimensión presupone que la dimensión temporal está controlada. Aquí se trata de inferir significados a partir de objetos porque tienen relaciones espaciales semejantes (por ejemplo, porque aparecen agrupados, dispuestos uniformemente en el espacio). También aquí existen ya muchas técnicas para llevar a cabo este análisis. Se podría contestar diciendo que muchas de estas técnicas espaciales implican la adopción de hipótesis procedentes del exterior, sin una consideración adecuada del

contexto; pero están surgiendo nuevos procedimientos analíticos que posibilitan una sensibilidad mayor hacia los datos arqueológicos. Por ejemplo, Kintigh y Ammerman (1982) han adoptado métodos contextuales, heurísticos, para describir distribuciones puntuales, y Hodder y Okell (1978) han descrito técnicas parecidas para determinar la asociación entre diferentes distribuciones y sus límites (Carr, 1984). Es posible definir toda una nueva generación de técnicas analíticas espaciales en arqueología, que no pretenden imponer métodos y teorías preestablecidas procedentes de otras disciplinas o de la teoría abstracta de la probabilidad, y que se ocupan sobre todo del problema arqueológico concreto que se tiene entre manos (Hodder, 1985).

El arqueólogo, pues, busca definir, de muy diversas formas, el contexto espacial más relevante para la comprensión de un objeto concreto. En muchas ocasiones esto se hace muy directamente —detectando el origen de la materia prima, localizando la distribución espacial del estilo, trazando las fronteras del asentamiento. Pero muchas veces la escala pertinente de análisis varía en función de la característica o de los elementos seleccionados (materia prima, estilo decorativo, forma). Es la misma variación que encontramos cuando se le pregunta a alguien «¿de dónde eres?». La respuesta (calle, barrio, ciudad, región, país, continente) dependerá de preguntas contextuales (con quién se habla y dónde, y por qué se hace la pregunta). No existe, por consiguiente, una escala «idónea, correcta» de análisis.

Este problema resulta especialmente grave cuando los arqueólogos quieren definir «zonas» de análisis. Esto se suele hacer *a priori*, a partir de los rasgos del medio (por ejemplo, un sistema de valle), pero no siempre queda claro si esta clase de entidad impuesta tiene o no relevancia para la pregunta planteada. La «zona» varía en función de las características o elementos que se quieran analizar. Por lo tanto, no puede haber una escala *a priori* de contexto espacial; el contexto puede variar desde el medio inmediato hasta el mundo entero, si puede descubrirse una dimensión pertinente de variación capaz de vincular objetos (yacimientos, culturas, etc.) con estas distintas escalas. Como en el caso de la dimensión temporal, la definición del contexto dependerá de la identificación de dimensiones relevantes de variación que permitan determinar las semejanzas y las diferencias, cosa que veremos más adelante.

Quizá sea útil identificar un tercer tipo de semejanzas y diferencias: la *unidad de deposición*, que de hecho es una combinación de los dos primeros. Me refiero a estratos sellados con pavimentos, fosos, sepulturas, acequias, etc., que están delimitados en el espacio y en el tiempo. Decir que dos objetos pueden tener significados asociados porque proceden del mismo foso es tan subjetivo como decir que tienen significados relacionados porque aparecen con vínculos espaciales y temporales; pero existe también un componente adicional de interpretación, desde el momento en que se presupone que los límites de la unidad son, en sí mismos, relevantes para la identificación del significado. Los arqueólogos aceptan habitualmente esta premisa; es evidente que la coincidencia en un foso, o en el pavimento de una casa, puede considerarse un factor más importante que una distancia espacial no delimitada. Volvemos, así, a constatar la existencia de semejanzas y diferencias dentro de una unidad de deposición en muchas escalas (estrato, impronta de viga, casa, poblado) y será necesario analizar el problema de la identificación de la escala de contexto pertinente.

La dimensión *tipológica* puede aparecer también como una simple variante de las dos primeras. Si dos objetos parecen similares tipológicamente, significa en realidad que tienen disposiciones o formas semejantes en el espacio. Pero vale la pena delimitar la noción de «tipo», tan frecuente en arqueología, dado que las semejanzas tipológicas entre objetos en el espacio y en el tiempo son distintas de las distancias (en el espacio y en el tiempo) que existen entre ellos. La idea de semejanza y diferencia tipológica es fundamental para definir contextos temporales (periodos, fases) y contextos espaciales (culturas, estilos). Por lo tanto la tipología es fundamental para el desarrollo de la arqueología contextual. Es también el elemento que más firmemente vincula a la arqueología con sus objetivos y métodos tradicionales.

En la base de todo trabajo arqueológico se encuentra la necesidad de clasificar y formar categorías, y la polémica acerca de si estas clasificaciones son «nuestras» o «de ellos», si son «éticas» o «émicas», es ya tradicional. Pero, en general, a estas alturas del análisis, la tipología inicial de asentamientos, artefactos o economías, se disocia habitualmente del análisis posterior del proceso social. La mayoría de arqueólogos reconocen la subjetividad de sus propias tipologías y han adoptado técnicas matemáticas e informáticas para intentar reducirla. Tras hacer «lo mejor que se ha podido» en el estadio inicial, inevitablemente difícil, los arqueólogos han pasado a cuantificar y a comparar y llegar al proceso social.

Por ejemplo, sería posible afirmar que existe una mayor uniformidad o diversidad en una zona o periodo que en otros, o que una región contiene yacimientos donde el 20 por 100 de la producción de vasijas presentan motivos en zigzag, y que otra región adyacente tiene también un 20 por 100 de motivos en zigzag, lo que podría indicar un contacto estrecho, falta de competitividad, comercio, etc. Pero ¿cómo podemos saber con certeza que la tipología inicial es válida? Como en el ejemplo del pájaro/ciervo de la página 31, ¿cómo podemos saber con certeza que los zigzags, aunque parezcan los mismos, no son diferentes?

Para contestar a estas cuestiones, podríamos empezar por la estructura de la decoración (capítulo 3). ¿Aparecen los zigzags en las mismas zonas de los mismos tipos de vasijas, o en la misma posición estructural en relación a otras decoraciones? Pero también ¿cuál es el contexto histórico-cultural del uso de la decoración en zigzag (y de otras) en ambas zonas? Retrocediendo en el tiempo, ¿podemos ver si los zigzags tienen diferentes orígenes y tradiciones? ¿Han tenido asociaciones y significados distintos?

Para definir los «tipos», los arqueólogos tienen que analizar la asociación histórica de los rasgos, para intentar penetrar en el significado subjetivo que éstos connotan. Hasta cierto punto, los arqueólogos han mostrado tradicionalmente una cierta sensibilidad hacia estos temas, al menos implícitamente. Por ejemplo, en gran parte del Neolítico del norte y oeste de Europa, las vasijas suelen presentar una decoración organizada horizontalmente cerca del borde y una decoración vertical más abajo. A veces, como en algunos vasos campaniformes, se marca esta distinción por medio de una ruptura en el perfil de la vasija entre el cuello y el cuerpo. Para analizar y clasificar tipos de cerámica neolítica, puede tomarse en consideración esta circunstancia concreta y tratar por separado las zonas superiores e inferiores de la decoración.

Claro que alguien podría decir que estas diferencias entre la decoración horizontal superior y la vertical inferior, se imponen totalmente desde fuera, y que el individuo neolítico no lo habría percibido así. Evidentemente siempre cabrá esta posibilidad, pero aquí decimos que los arqueólogos han logrado, y pueden seguir logrando, recuperar tipologías que se aproximen a las percepciones indígenas (sin olvidar nunca que estas percepciones habrían variado en función de los contextos y estrategias sociales). El éxito de estos esfuerzos depende de

que se incluya el máximo de información disponible en los contextos históricos y en las asociaciones de rasgos, estilos y características decorativas, y también de una reconstrucción del uso activo de tales rasgos en las estrategias sociales.

Por consiguiente, la obtención del máximo de información posible sobre las semejanzas y diferencias en las características o elementos individuales antes de construir tipologías mayores, forma parte de un enfoque contextual de la tipología. Un enfoque distinto consistiría en aceptar la arbitrariedad de nuestras propias categorías y abrirnos a posibilidades alternativas. Por ejemplo, la tipología de las plantas que utilizan los paleoetnobotánicos tiende únicamente a registrar las especies establecidas. Y sin embargo sería posible clasificar restos de plantas según la altura de la planta, la viscosidad de las hojas, época de florecimiento, etc. Estas diversas clasificaciones pueden contrastarse para establecer correlaciones con otras variables, con el fin de que los datos puedan contribuir a la elección de una tipología adecuada. Lo mismo podría hacerse con los huesos, la cerámica o con cualquier otra tipología.

Hemos analizado brevemente cuatro dimensiones de la variación (temporal, espacial, de deposición y tipológica) y podemos destacar un aspecto general. Un aspecto importante de la arqueología contextual es que permite detectar dimensiones de variación que tienen lugar a niveles «más profundos» que el de la comparación directa de las formas. En otras palabras, también buscamos semejanzas y diferencias en términos de abstracciones que agrupen los datos observables en una forma que no siempre resulta inmediatamente aparente. Por ejemplo, una oposición abstracta entre cultura y naturaleza puede vincular el grado de «defensa» o delimitación de los asentamientos con los porcentajes relativos de los animales salvajes y domésticos hallados en ellos. Así, allí donde la dicotomía cultura/naturaleza sea más marcada, los límites de un asentamiento (que separan lo doméstico de lo salvaje) pueden ser más importantes, las casas más elaboradas e incluso la cerámica más decorada (destacando la «domesticación» de los productos alimentarios en la medida en que se traen, preparan y consumen en el mundo doméstico). Los huesos de animales salvajes, sobre todo los de los antepasados todavía salvajes o equivalentes del ganado doméstico, quizá no aparezcan en sitios de ocupación. A medida que la dicotomía cultura/naturaleza se hace menos marcada, o cambia de importancia, todas las «semejanzas» descritas anteriormente pue-

den cambiar de modo simultáneo, si la hipótesis de que la dicotomía cultura/naturaleza es una dimensión pertinente de variación es correcta. El hecho de que los límites de un asentamiento, la decoración cerámica y el porcentaje de huesos de animales salvajes y domésticos tengan algo que ver unos con otros no resulta inmediatamente aparente en sí mismo. La utilización de una abstracción «profunda» de repente da sentido a los cambios que experimentan los diversos elementos de información a través del tiempo.

Dimensiones relevantes de variación

En todo conjunto de datos culturales pueden identificarse semejanzas y diferencias quizás ilimitadas. Por ejemplo, todas las vasijas de una zona se asemejan por ser todas ellas de arcilla, pero difieren ligeramente en sus respectivos motivos decorativos o en su distribución de partículas de aleación. ¿Cómo escoger las semejanzas y diferencias relevantes y cuál es la escala de análisis más pertinente?

Desearía explicar que las dimensiones significativas de variación pueden identificarse heurísticamente en arqueología, descubriendo aquellas dimensiones de variación (agrupadas en temporales, espaciales, tipológicas y deposicionales) que reflejen pautas significativas de semejanza y diferencia. La significación, en sí misma, se define sobre todo según el número y la calidad de las semejanzas y diferencias coincidentes en relación a una teoría. Una importante garantía en la interpretación del contenido del significado del pasado es la capacidad de reforzar las hipótesis relativas a las dimensiones significativas de variación con diversos y variados aspectos de los datos (véase Deetz, 1983; Hall, 1983). Por ejemplo, si la orientación de las casas es simbólicamente importante para comparar y contrastar casas (véase *supra*, p. 68), ¿aparece también la misma dimensión de variación en los emplazamientos de las tumbas? Los arqueólogos pueden descubrir de muchas maneras, y de forma sistemática, correlaciones, asociaciones y diferencias significativas, pero el modelo inferido será más interesante cuanto más coincidencias existan en la red. Dado que la definición de este tipo de modelos estadísticamente significativos depende de la propia teoría, se requieren principios generales para los tipos de semejanza y diferencia significativas que puedan descubrirse.

Ahora es mejor que volvamos a la distinción entre significados sistémicos y significados simbólicos. Como ya se ha dicho, la mayor parte de la teoría y método arqueológicos se ha desarrollado en la esfera de los procesos sistémicos. Dado este tipo de trabajo, se acepta que el estudio de las fuentes de materias primas es significativo y relevante para abordar el intercambio de los ítems elaborados a partir de aquellas materias primas. Cuando tratamos las economías de subsistencia, resulta significativo y relevante estudiar los huesos y semillas procedentes de una variedad de yacimientos funcionalmente interrelacionados. Pero de inmediato topamos con la necesidad de analizar el contenido del significado simbólico de huesos y semillas (véase la p. 28), mucho menos investigado y menos fácil de definir.

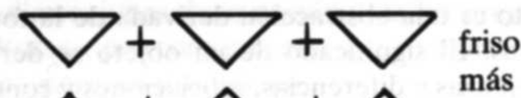
Para analizar el contenido de los significados simbólicos podemos empezar con un ejemplo. Imaginemos que nos interesa el significado de la presencia de vasijas rojas en un yacimiento. ¿Cuáles son las dimensiones significativas de variación para determinar el significado de estas características? ¿Con qué podríamos comparar las vasijas rojas para poder identificar semejanzas y diferencias? Un segundo yacimiento, contemporáneo del anterior, no tiene vasijas rojas, pero tiene fíbulas de bronce (que no aparecen en el primer yacimiento). ¿Es relevante la diferencia entre vasijas y fíbulas para poder entender las vasijas? Tal diferencia sería relevante si formara parte de una diferencia más general en la tradición histórica entre ambos yacimientos o regiones, pero dado que se trata de un dato aislado, no podemos afirmar que las fíbulas sean relevantes para las vasijas rojas, a menos que exista una dimensión que nos permita medir la variación y comprobar una configuración significativa de pautas. Por lo tanto, podríamos descubrir que las vasijas rojas y las fíbulas aparecen en la misma ubicación espacial en casas o sepulturas —en cuyo caso serían tipos alternativos si se midieran en términos de ubicación espacial; o las vasijas rojas del primer yacimiento podrían contrastarse con las vasijas negras del segundo yacimiento, con las fíbulas descubiertas solamente en las negras. Desde el momento en que se descubre una dimensión donde aparecen semejanzas y diferencias distintivas pautadas, entonces las fíbulas se convierten en algo relevante para comprender las vasijas rojas. Nuestras teorías sobre el funcionamiento de los «textos» de la cultura material, incluida la noción de oposiciones estructurales, nos permiten definir una significación estadística. En el caso de las vasijas rojas, si no es posible descubrir un modelo o pauta estadística significativa para las fíbulas, entonces podemos describir exhaustiva-

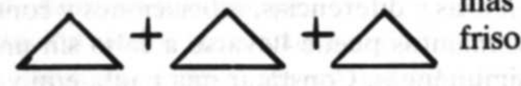
mente las vasijas rojas sin hacer referencia a las fíbulas. En el ejemplo de la página 142, las fíbulas y el broche son recíprocamente relevantes, porque aparecen como ítems alternativos dentro de la categoría de «vestido» o «indumentaria».

A título de ejemplo hipotético, podemos referirnos al dibujo de la figura 7. Si queremos comparar esta decoración cerámica con otros motivos decorativos cerámicos, con el fin de identificar semejanzas y diferencias, tenemos que describirlo de alguna forma. Pero, *a priori*, hay muchísimas maneras de describir el mismo motivo, algunas de las cuales aparecen en la figura 7. ¿Cuál es la dimensión relevante y significativa con la que describir y comparar los motivos decorativos? Podrá pensarse, y de hecho se afirma con mucha frecuencia, que las decisiones que adoptan los arqueólogos acerca de cuál es la descripción «correcta», son totalmente arbitrarias. Y, sin embargo, hemos visto que es posible utilizar otra información dentro del «mismo» contexto que nos permita o ayude a adoptar una decisión. Por ejemplo, imaginemos que las formas romboidales (como las que aparecen bajo la letra «*f*» en la figura 7) hechas con oro batido se descubren en las mismas sepulturas que las vasijas decoradas, asociadas aparentemente a los enterramientos masculinos como ítems de prestigio. De hecho, los rombos podrían descubrirse en contextos diferentes, aunque significativos, dentro de la misma cultura que las vasijas. Esta evidencia de asociación estadística podría llevar a los arqueólogos a considerar que la descripción «*f*» de la figura 7 es «la mejor» en este contexto concreto.

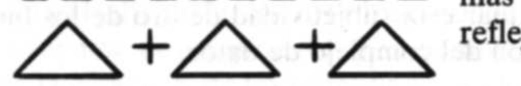
Con este ejemplo podemos avanzar algo más y definir qué es una semejanza o una diferencia relevante —según qué dimensión y en qué escala. Por ejemplo, en un momento determinado la forma de los rombos puede aparecer tan deformada que nos haga dudar de su relevancia; o puede darse un vacío tal en el espacio o en el tiempo entre los rombos que se pretenden comparar, que decimos que son irrelevantes el uno para el otro; no tienen un significado común. Claro que podríamos argumentar que los rombos dorados hallados en sepulturas son ítems de vestir, en una dimensión de deposición diferente a la de las vasijas, y por lo tanto con significados distintos y sin relación los unos con las otras. Tal argumentación tendría que demostrar la falta de dimensiones teóricamente plausibles donde las semejanzas y las diferencias entre vasijas y sepulturas presentaran unas pautas distintivas.

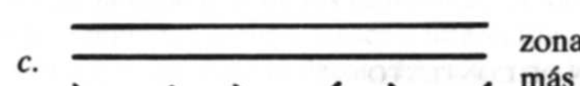


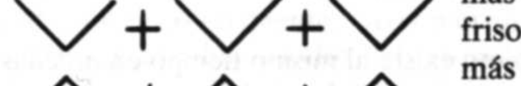




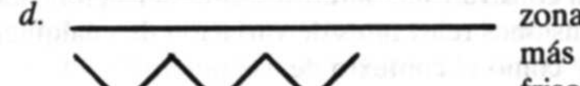






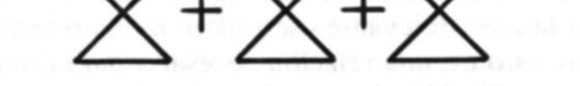


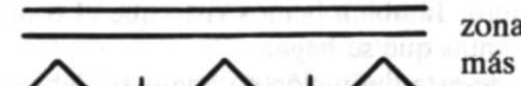


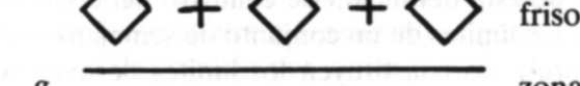












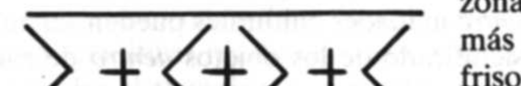


FIGURA 7

Las dimensiones relevantes se definen, pues, descubriendo pautas significativas en las dimensiones de variación. El significado simbólico del objeto es una abstracción derivada de la totalidad de estas interreferencias. El significado de un objeto se deriva de la totalidad de sus semejanzas y diferencias, asociaciones y contrastes. Ninguno de estos procedimientos puede llevarse a cabo sin una abstracción y sin una teoría simultáneas. Constatar una pauta equivale simultáneamente a darle un significado, como cuando describimos las dimensiones de variación en relación al vestido, al color, al sexo, etc. Se pretende simplemente situar esta subjetividad dentro de los límites de una atenta consideración del complejo de datos.

Definición de contexto

Todo objeto existe al mismo tiempo en muchas dimensiones significativas, y por ello, allí donde hay datos, es posible seguir exhaustivamente y hasta el final toda una densa red de asociaciones y contrastes hasta construir una interpretación del significado. La totalidad de las dimensiones relevantes de variación de cualquier objeto puede identificarse como el contexto de ese objeto.

El contexto relevante para un objeto *x* al que queremos dar un significado (de cualquier tipo) son todos aquellos aspectos de los datos que tienen relación con *x*, y que obedecen a una pauta significativa según la descripción anterior. Una definición más precisa del contexto de una característica arqueológica es *la totalidad del medio relevante*, en la que «relevante» se refiere a una relación significativa con el objeto, esto es, una relación necesaria para discernir el significado del objeto. También hemos visto que el contexto dependerá del tipo de preguntas que se hagan.

A partir de esta definición de contexto debería desprenderse con claridad que los límites de un conjunto de semejanzas (tales como una unidad cultural), no constituyen los límites del contexto, porque las diferencias *entre* unidades culturales pueden ser relevantes para comprender el significado de los objetos *dentro* de cada unidad cultural. En cambio, los límites del contexto sólo aparecen en ausencia de semejanzas y diferencias significativas. También debería quedar claro que la definición se centra en el objeto y en una situación específica. El «objeto» puede ser una característica, un artefacto, un tipo, una

cultura, etc., y sin embargo —al revés que la idea de una cultura de tipo unitario— el contexto varía en función del objeto específicamente ubicado, de las dimensiones de variación y de las preguntas que se planteen. Las «culturas», por consiguiente, son componentes o aspectos de los contextos, pero no los definen.

En la interpretación de los significados simbólicos, las dimensiones relevantes de variación definen las estructuras de significación. Uno de los efectos principales e inmediatos del enfoque contextual es la imposibilidad de estudiar aisladamente un aspecto de los datos, definido arbitrariamente (Hall, 1977). En los últimos años la investigación ha tendido a ocuparse principalmente, por ejemplo, del sistema de asentamiento, de la cerámica, de los útiles líticos, o de las semillas, de un yacimiento o región, o incluso a escala intercultural. Ahora, sin embargo, se afirma que las vasijas decoradas sólo pueden comprenderse si se las compara con otros recipientes y/o con otros ítems de arcilla, y/o con otros ítems decorados —todos del mismo contexto. En este ejemplo, «recipientes», «arcilla» o «decoración» son las dimensiones de variación con las que se intenta descubrir semejanzas y diferencias. El enterramiento sólo puede entenderse a través de sus relaciones contextuales con otros asentamientos y rituales no-funerarios contemporáneos (Parker Pearson, 1984 *a*, *b*). La variación lítica puede analizarse como un proceso estructurado de adquisición de alimentos al igual que la variación de huesos y semillas. El contexto se ha convertido en el centro de la investigación, o más bien la serie de contextos implícitos en una «cultura» o una «zona».

Dentro de un contexto, los ítems tienen significados simbólicos gracias a sus relaciones y contrastes con otros ítems dentro del mismo texto. Pero si todo tiene sentido sólo en relación con todo lo demás, ¿cómo podemos entrar en el contexto? ¿Por dónde empezar? El problema está claramente presente en la definición original de las características o propiedades. Para describir una vasija tenemos que tomar decisiones acerca de las variables más relevantes: ¿debemos optar por la forma, la altura, la disposición por zonas o el motivo? La respuesta contextual es que buscamos otros datos dentro de estas dimensiones de variación para identificar las dimensiones más relevantes que configuran el contexto. En el ejemplo anterior relativo a la decoración de rombos (p. 153), buscaríamos la dimensión «motivo» para identificar motivos semejantes (así como diferencias y ausencias —el descubrimiento de rombos de oro solamente en sepulturas masculinas pue-

de inducirnos a pensar que esos mismos rombos grabados en las vasijas son símbolos «masculinos», en oposición a los símbolos «femeninos») y encontraríamos el rombo de oro. Pero los rombos de las vasijas y de los ítems de oro del vestido pueden significar cosas diferentes, porque en una escala aparecen en contextos diferentes. La teoría según la cual ambos conjuntos de rombos tienen significados similares sólo se sostiene si descubrimos otras semejanzas entre ellos (por ejemplo, otros motivos utilizados en ítems del vestido masculino también presentes en la decoración cerámica). ¡Así que todo depende de todo, y la definición de las características depende de la definición del contexto, que a su vez depende de la definición de las características!

Este problema no parece tener respuesta fácil, salvo que es importante conocer *todos* los datos lo más minuciosamente posible, y adecuar de manera gradual la teoría a los datos mediante la técnica del tanteo aplicada a las dimensiones relevantes de variación, mediante la intercontrastación con la información contextual, etc. El procedimiento supone, como es lógico, que la interpretación del significado será tanto más correcta cuanto más ricamente entrelazados estén los datos. En la época de la Nueva Arqueología se decía con frecuencia que la arqueología evolucionaría gracias a los avances teóricos y no a la cantidad de los datos recogidos. Si bien estas ideas tienen su propio contexto histórico, el enfoque contextual sí depende en gran medida de los datos.

A lo largo de las descripciones anteriores hemos visto que teoría, interpretación y subjetividad están presentes en cada fase. Pero al mismo tiempo interesa sobre todo interpretar todo cuanto los datos puedan «decirnos», y cuanto más interconectados estén esos datos, más «lectura» tendremos. Un objeto fuera de contexto, como ya vimos anteriormente, no es legible; y todavía lo es menos un símbolo pintado en una cueva que no tenga sedimentos ni restos en ella, sin restos en la región que contengan otras representaciones del símbolo en otros objetos y sin sepulturas que contengan ese símbolo.

Por esta razón, en parte, la arqueología histórica resulta «más fácil». En este enfoque los datos están profusamente entrelazados, muchos perduran y sobreviven, y hay muchos cabos que se pueden seguir, incluso en ausencia de fuentes escritas, que en sí mismas son sólo un contexto más donde descubrir semejanzas y diferencias. Pero continuamos con el mismo problema: determinar si el contexto escrito es o no relevante para los demás contextos (por ejemplo, los es-

tratos arqueológicos), y decidir si las semejanzas entre dos contextos (escrito y no escrito) implican o no los mismos o distintos significados. Pero aun así existen más posibilidades de encarar estos problemas, porque la mayor profusión de datos permite descubrir un mayor número de semejanzas y diferencias, y dimensiones más relevantes de variación.

En la arqueología prehistórica, cuanto más retrocedemos en el tiempo, y por lo tanto cuanto menor es el índice de supervivencia, tanto más difícil resulta basar las hipótesis en los datos. Aquí el yacimiento singular con información detallada suele ser la clave para interpretar muchos yacimientos peor excavados o con información muy pobre. En muchas áreas la arqueología contextual no puede empezar prácticamente hasta que hayan aparecido y se hayan recogido más datos.

EXPLICACIÓN Y DESCRIPCIÓN

¿Significa todo esto que explicar el pasado se limita simplemente a describir los datos contextuales de la manera más completa posible? La contraposición de las palabras «descripción» y «explicación» ha hecho mucho daño a la arqueología. «Descriptivo» se convirtió en poco más que un término peyorativo utilizado contra los arqueólogos poco «científicos». Pero también es cierto que una adecuada explicación supone poco más que una descripción en respuesta a una pregunta. Por ejemplo, consideremos las siguientes secuencias de preguntas y explicaciones:

1. ¿Por qué fue abandonado el poblado?	Debido al aumento demográfico.
2. ¿Qué relevancia tiene el aumento demográfico con respecto al abandono del poblado?	El poblado se hizo demasiado grande.
3. ¿Demasiado para qué?	El grupo humano había sobreexplotado el medio.

En cada caso la explicación no es más que una descripción de ciertos sucesos, aunque evidentemente esté presente la hipótesis o su-

puesto de que la respuesta es, de alguna manera, relevante para la pregunta. Así, en la respuesta dada en 3, se presupone que el grupo humano necesita agotar su entorno local. Éstas son las teorías tácitas utilizadas en la explicación, pero si presionamos y preguntamos acerca de ellas, toparemos de nuevo con descripciones, concretas o generales:

4. ¿Por qué tiene interés el hecho de que hubieran sobreexplotado su medio físico?	Porque el grupo humano agota los recursos más próximos a él.
5. ¿Por qué no utilizan recursos más distantes?	Porque se consume demasiada energía.

Siempre resulta posible, pues, detenerse en algún punto de esta cadena de preguntas y respuestas, y hacer otra pregunta, diciendo que el trabajo anterior ha sido demasiado descriptivo. De hecho éste ha sido el formato de gran parte de este volumen, al comparar los distintos enfoques de la arqueología. Las alternativas presentadas quizá sean más satisfactorias, dado que son más amplias y que incorporan importantes factores desatendidos anteriormente, y quizá sean más explicativas en este sentido, pero las explicaciones son sólo nuevas descripciones. El ejemplo anterior hace referencia a un proceso de ocupación y de asentamiento, pero sería igualmente aplicable a las interpretaciones de significados y textos. El significado simbólico que se da a un objeto es simplemente una descripción de aspectos relativos a su contexto y utilización. Por ejemplo:

6. ¿Qué significado tiene esta corona?	La persona que la lleva es rey.

Por consiguiente, la explicación *es*, en muchos aspectos, descripción, y la descripción *es* explicación. En la arqueología contextual es necesario hacer preguntas continuamente para decidir si los supuestos generales son o no relevantes en el contexto concreto; esto nos lleva a descripciones exhaustivas y detalladas de la totalidad del contexto, en la medida en que se analiza exhaustivamente la red de asociaciones y contrastes. Es un proceso de nunca acabar desde el momento en que se descubren nuevos vínculos y se replantean los antiguos. El arqueólogo juega con estos datos y les da vida, como un compositor que combina los diversos instrumentos de una orquesta en su partitura.

La arqueología contextual vincula, de esta forma, una explicación adecuada con una descripción completa, a medida que agota todas las influencias que pueda recibir cualquier rasgo u objeto. Éstas son las premisas de Case (1973) cuando introduce la arqueología contextual. En la historia hay sólo una corriente de sucesos continuos, no hiatos absolutos, por lo tanto la única explicación del cambio es una descripción completa del cambio.

Dado el contenido de este capítulo, no hace falta decir que una descripción completa de contextos no es antagónica con la teoría y con la generalización. Toda descripción implica teoría, significado, subjetividad, generalización e imaginación histórica. Por esto el arqueólogo se parece más a un compositor que a un director de orquesta. La finalidad última de nuestras detalladas descripciones quizá sea la generalización y las leyes universales, pero inicialmente, en calidad de científicos y no de músicos o artistas, debemos preguntarnos ante todo si las teorías, generalizaciones y ópticas imaginativas poseen el significado que creemos que tienen en los contextos históricos del pasado. La arqueología contextual vincula pregunta y datos de una forma controlada, según ciertos principios generales sobre cómo leer los textos, pero incluso estos mismos principios generales tienen que estar abiertos a la crítica. Debemos dejar abierta la posibilidad de existencia en el pasado de unas sociedades con formaciones culturales específicas y únicas, no describibles por medio de las categorías usuales o en los términos derivados, por ejemplo, de Marx, de Weber o de Foucault.

Es necesario mencionar la utilización de la analogía etnográfica en arqueología. A un cierto nivel, el conocimiento etnográfico supone simplemente una contribución a la imaginación histórica, estimulando nuevas perspectivas y teorías alternativas. Pero el término analogía suele connotar más cosas: se interpreta el pasado a la luz del presente, debido a cierta semejanza entre ambos. Se transfiere información del presente al pasado, debido a las semejanzas observadas. Este procedimiento es sólo un ejemplo más del enfoque general ya esbozado. Para utilizar la analogía, debemos determinar semejanzas y diferencias entre contextos (Wylie, 1985; Hodder, 1982 *d*). Para comparar

una sociedad actual con una del pasado, los procedimientos son similares a los que usamos para comparar dos poblados o culturas vecinos del pasado. En ambos casos se trata de cotejar semejanzas y diferencias entre dos contextos, y discernir si la información es o no transferible de uno a otro.

En ambos casos el problema fundamental es decidir si las semejanzas y diferencias en los dos contextos tienen o no mutua relevancia; por eso los arqueólogos confían mucho en las analogías históricas directas allí donde el contexto espacial es continuo y el hiato o la discontinuidad temporal poco importante. Cuando se llevan a cabo analogías interculturales, el problema básico es encontrar una dimensión relevante de variación que permita analizar las semejanzas y las diferencias; pero para grandes distancias de espacio y tiempo, y cuando comparamos sociedades con entornos sociales y económicos muy diferentes, resulta difícil saber si las relaciones relevantes del presente fueron igualmente relevantes en el pasado. Por ejemplo, hoy el tamaño de un asentamiento puede ser relevante para el tamaño de la población, pero no es fácil decir lo mismo del pasado. La utilización de analogías tiende, pues, a depender de teorías generales que puedan proporcionar argumentos de relevancia. La arqueología contextual tiene la obligación de ser crítica con relación a estas teorías generales e interculturales, y de analizar más exhaustivamente sus contextos, pasados y presentes. Sin teorías generales habría muy pocas preguntas acerca del pasado y todavía menos respuestas. Sin un enfoque contextual, el presente y el pasado quedan reducidos a una hipotética y engañosa «identidad».

Hacia una hermenéutica crítica

En este capítulo puedo haber dado la impresión de que un enfoque contextual implica la construcción de las interpretaciones a partir de las semejanzas y diferencias que pudiesen existir en los datos. Sin embargo, he procurado atemperar esa impresión sugiriendo una posición alternativa, según la cual, incluso la identificación de semejanzas, diferencias y dimensiones relevantes de variación dependería de la teoría. Un análisis contextual implicará, entonces, constantes movimientos entre teoría y datos, utilizando diferentes teorías para descubrir cuál de ellas explica mejor los datos.

La metodología contextual descrita aquí se parece al enfoque de Collingwood presentado en el capítulo 5. En ambos casos, la idea de «comprobar» la teoría por medio de los datos aparece como una descripción inexacta de la interpretación arqueológica, ya que teoría y datos son en parte interdependientes. Por otro lado, en ambos casos se ha aceptado que la teoría puede evaluarse rigurosamente en relación con los datos, y que ciertas teorías se ajustan a los datos mejor que otras.

Desde los tiempos de Collingwood y Dilthey ha habido un considerable desarrollo en la comprensión de la hermenéutica, una buena parte de la cual se ha utilizado en arqueología (p. e. Shanks y Tilley, 1987 *a*; Hodder, 1990 *b*). La hermenéutica es la ciencia de la interpretación, aplicada tradicionalmente al descubrimiento de los significados ocultos, pero reales, de los textos sagrados, especialmente los Evangelios. Sin embargo, desde los tiempos de Schleiermacher, Dilthey y Heidegger, hasta Gadamer y Ricoeur, la disciplina ha ido adquiriendo un significado más general y moderno. La hermenéutica implica la comprensión del mundo no como si de un sistema físico se tratara, sino como un objeto del pensamiento y de la acción humanas.

La primera regla hermenéutica (Gadamer, 1975, p. 258), al igual que en arqueología contextual, es que debemos comprender cualquier detalle —ya sea un objeto o una palabra— en términos de la totalidad, y esa totalidad en términos de los detalles. Como intérpretes debemos ir y volver continuamente entre la parte y el todo, hasta que obtengamos la armonía de los detalles en la totalidad. Sólo entonces se habrá logrado la comprensión del significado de una situación. Este es el proceso descrito por Collingwood por medio de la expresión «conseguir coherencia y correspondencia». Debe destacarse, una vez más —y este es uno de los puntos planteados por Gadamer (1975; 1981) en su crítica a Collingwood—, que los significados interpretados no se reducen a los planes e intenciones de los individuos en el pasado (véase también Ricoeur, 1971). Por el contrario, es importante definir el contexto más amplio posible de significados históricos (sociales, económicos, culturales, tecnológicos, etc.), dentro del cual adquieren su forma las subjetividades de los individuos.

La idea de la totalidad ha de estar relacionada con la perspectiva o con la cuestión que se ha planteado. La ciencia hermenéutica reconoce que sólo podemos entender el mundo humano por medio de preguntas acerca de él mismo. Nada tiene sentido a no ser que esté re-

lacionado con una pregunta. La interpretación implica, por lo tanto, la lógica de pregunta y respuesta. En realidad, es ese proceso de pregunta y respuesta el que va a operacionalizar la visión parte-totalidad, como mostraremos más adelante. Pregunta y respuesta continúan en una espiral sin fin, en la que cada pregunta espera una respuesta y cada respuesta enmarca y crea nuevas preguntas. Pero, una vez más, la postura de Collingwood en relación al proceso de pregunta y respuesta ha sido criticada por autores como Gadamer, al fracasar el examen de la relación entre pasado y presente. Collingwood falla al situar la interpretación, esto es, en su ubicación histórica.

Cada pregunta está determinada por un interés que le subyace, por lo que cada pregunta «prefigura» una cierta respuesta; la interpretación del pasado está circunscrita al procedimiento de pregunta y respuesta, que está asentado a su vez en el presente. En definitiva, «en el ciclo hermenéutico» no es posible obtener una interpretación, sin que la interpretación haya empezado; no se trata de un círculo vicioso, puesto que caben distintas respuestas, algunas de las cuales se ajustan mejor a la evidencia que otras, como puede demostrarse. El ciclo de pregunta y respuesta conduce a nuevas preguntas y a una comprensión del «yo» en relación a lo «otro» (el pasado).

Ahora bien, es posible deducir de esta explicación el principio de que un objeto debe ser comprendido simultáneamente en términos de su propio tiempo y en términos de nuestro mundo. Es como si el objeto hubiese de ser comprendido en términos de dos «totalidades» separadas o contextos, el de «ellos» y el «nuestro». El equivalente de Gadamer (1975, p. 269) a mi argumentación del contexto es su noción de horizonte —todo aquello que es relevante desde una perspectiva particular, haciendo una pregunta particular. ¿Cómo es posible vincular adecuadamente los dos ciclos hermenéuticos, pasado y presente, ambos con límites contextuales finitos, y horizontes cerrados?

Gadamer (1975, p. 271) trata elegantemente este problema, considerando que ambos contextos u horizontes se están moviendo continuamente para aquellos/as que viven en ellos y los construyen. La respuesta a una pregunta cambia inmediatamente la perspectiva y el horizonte. Cada contexto se está moviendo continuamente en su relación con el otro, ya que la respuesta a una cuestión acerca del «otro» conduce a una nueva autoconciencia y a nuevas preguntas. Propiamente hablando, sólo hay un horizonte, desde la perspectiva del presente. Lo que el intérprete pretende hacer es lograr una universalidad

que supere «nuestra» particularidad y la de lo «otro». Se intenta, pues, una fusión de horizontes. Del mismo modo, el proceso científico también implica una distinción tentativa entre aquellos horizontes o contextos, lo mejor que podamos y lo más críticamente posible.

Por medio de nuestro diálogo con cada «otro» acerca del éxito o del fracaso de esas fusiones, aprenderemos sobre nosotros mismos, de manera que el pasado llegará a contribuir al presente. Quisiera defender, por consiguiente, una hermenéutica crítica (Thompson, 1981) en la que las interpretaciones estuviesen ubicadas históricamente en el pasado y en el presente. El resultado final, sin embargo, no sería un relativismo debilitado, en el que se considerase al pasado como una mera construcción desde el presente. Me resisto a que los datos constituyan simples «redes de resistencia» para nuestras hipótesis (Shanks y Tilley, 1987 *a*, p. 104). Por el contrario, el intento de fusionarse con lo otro, mientras se haga críticamente, y con conciencia de la diferencia y de la contextualidad, cambiará nuestra experiencia y cambiará, también, nuestras perspectivas. Como ya se ha indicado, el círculo hermenéutico no es un círculo vicioso, sino que se mueve continua y dialécticamente en el proceso de pregunta y respuesta, y es ese movimiento en el que pasado y presente, objeto y sujeto, se fusionan y se separan.

A mi juicio, la explicación anterior de la hermenéutica refuerza el ejercicio contextual, describiendo qué es lo que los arqueólogos pueden hacer para interpretar el pasado. He simplificado el proceso, pero creo haber descrito sus características esenciales. Podemos ajustar teorías a los datos tan sólo lo mejor y lo más críticamente que podamos, eligiendo entre teorías rivales, viendo cuál de ellas se ajusta mejor. Hemos de aceptar este rigor y objetividad del análisis contextual, así como el hecho de que nuestras interpretaciones son momentos en una corriente de aprendizaje y de práctica social.

Conclusión

En este capítulo nos hemos ocupado de los métodos de identificación y análisis de contextos para poder interpretar el significado. Vimos que puede haber distintos tipos de significado, que van desde los procesos estructurados de las relaciones sociales y económicas hasta los contenidos estructurados de los códigos simbólicos. En el marco

de un análisis contextual, estos dos tipos de significado pueden llamarse, a su vez, contextuales (para otros análisis de los métodos contextuales y sus aplicaciones, véanse los artículos en Hodder, 1987 *a* y Parkington, 1989).

El primer tipo de significado contextual hace referencia al contexto del medio físico y del comportamiento presente en la acción. La comprensión de un objeto es posible si lo relacionamos con el todo más amplio. La arqueología procesual y la marxista han tendido a concentrarse en las macroescalas de este tipo de contexto, pero es necesario incorporar igualmente el contexto secuencial, momento-a-momento, de la acción situacionalmente oportuna.

En segundo lugar, el contexto puede significar «con-texto» y así la palabra introduce una analogía entre los significados contextuales de los rasgos de la cultura material y los significados de las palabras en una lengua escrita. Argumentamos que los objetos son mudos sólo cuando se los extrae de sus «textos»; pero, en realidad, la mayoría de objetos arqueológicos están, casi por definición, ubicados en lugar y tiempo y en relación con otros objetos arqueológicos. Esta red de relaciones puede «leerse» mediante un análisis concienzudo, tal como hemos esbozado en este capítulo, para lograr una interpretación del contenido del significado. También es cierto que nuestras lecturas pueden ser incorrectas, pero una lectura incorrecta del lenguaje arqueológico no significa que los objetos tengan que ser mudos.

La noción de «texto» es más apropiada que la de «lenguaje», al considerar la naturaleza dual de la cultura material, como objeto y como signo o símbolo. En muchas de las aplicaciones estructuralistas en arqueología, el signo material tiene sentido simplemente siendo similar u opuesto a otros signos materiales en algún código abstracto o estructura, del mismo modo que las palabras tienen sentido en el lenguaje. Ricoeur (1971), por otro lado, afirma que la acción humana debe explicarse por referencia al texto, antes que al lenguaje (véase Hodder, 1989 *a*; Moore, 1990). Un texto es un producto concreto, escrito con una finalidad. Es producto de un discurso —una comunicación debidamente situada (Barrett, 1987). Los significados de un texto derivan de la contextualización de principios abstractos en la práctica de la vida cotidiana. Los significados pueden haberse distanciado de las intenciones del «autor» del texto y pueden depender mucho del contexto en el que el texto vaya a ser «leído». El significado de la cultura material depende a menudo del contexto de uso, antes

que simplemente del contexto de producción o del «autor». Incluso más que en el caso de un texto escrito, los significados de la cultura material tienen en cuenta aspectos pragmáticos y funcionales. El texto, antes que el lenguaje, es pues una metáfora apropiada para la naturaleza dual de la cultura material (en tanto que objeto tecnológico y funcional, y en tanto que signo), tal y como se ha afirmado repetidamente en este libro.

Estos dos tipos de significado contextual tienen una característica común, presente también en otros usos del término en arqueología (véanse las pp. 133-136). Todos estos usos hacen referencia a un interés por los datos concretos, más que por la teoría general. Uno de los objetivos de este libro es recordar que los términos y teorías generales deben estar mejor cimentados en el contexto concreto de estudio. Y sin embargo «contextualismo» no significa «particularismo», un término que, en arqueología, ha venido a asociarse al rechazo o a la falta de interés por la teoría general. En la arqueología contextual sigue reconociéndose la necesidad de la teoría general y de la arqueología teórica, pero importa sobre todo exigir una relación más estrecha entre la teoría y los datos, manejando la una en función de los otros, y reforzar los procedimientos tanto inductivos como deductivos.

La arqueología contextual implica el estudio de los datos contextuales, utilizando métodos contextuales de análisis, para llegar a dos tipos de significado contextual, analizados en función de una teoría general. Pero en el análisis de la arqueología contextual a lo largo de este volumen nos hemos visto obligados, a menudo, a referirnos de pasada a otro tipo de contexto: el contexto concreto de los propios arqueólogos. Este último tipo de contexto parece estar vinculado íntimamente a los demás, en una relación que ya no es posible ignorar. En el capítulo siguiente analizaremos el contexto del arqueólogo, como parte de una vasta serie de cambios en arqueología que podríamos llamar arqueología postprocesual.